

“EL ÁMBITO DE LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN: LA VIDA DE COMUNIÓN”

1. INTRODUCCIÓN

Todo ser humano, en algún momento de su existencia, se pregunta por el sentido de su propia vida. Hay quien busca ese sentido erróneamente, en las cosas materiales, en el placer, en el poder... pero ese tipo de búsqueda siempre acaba por encontrar, antes o después, el vacío interior, la nada, la insatisfacción más profunda.

Pero los cristianos sabemos bien cuál es el sentido de nuestra vida. Nos lo dice la Iglesia, muy claramente, en el primer artículo de nuestro maravilloso Catecismo (CIC), como pórtico de entrada a las maravillosas respuestas contenidas en este libro:

CIC 1 Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo, que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En él y por él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción y, por tanto, los herederos de su vida bienaventurada.

Sí, los cristianos somos los herederos de la misma vida bienaventurada, infinita, eterna y feliz, de Dios. Pero ¿qué significa vivir ese tipo de vida?, ¿de qué tipo de vida estamos hablando? Bien, el Santo Padre Benedicto XVI la describe así, en su libro *Jesús de Nazaret*, 2ª parte:

*<< La expresión “vida eterna” no significa la vida que viene después de la muerte – como tal vez piensa de inmediato el lector moderno -, en contraposición a la vida actual, que es ciertamente pasajera y no una vida eterna. “Vida eterna” significa la vida misma, **la vida verdadera**, que puede ser vivida también en este tiempo y que después ya no puede ser rebatida por la muerte física. Esto es lo que realmente interesa: abrazar ya desde ahora “la vida”, la vida verdadera, que ya nada ni nadie puede destruir.*

Este significado de “vida eterna” aparece muy claramente en el relato evangélico sobre la resurrección de Lázaro: “El que cree en mí, aunque haya muerto,

vivirá; el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11,25s). “Viviréis, porque yo sigo viviendo”, dice Jesús a sus discípulos durante la Última cena (Jn 14,19), enseñando con ello una vez más que lo característico del discípulo de Jesús es que “vive”; que él, mucho más allá del simple existir, ha encontrado y abrazado la verdadera vida que todos andan buscando. Basándose en estos textos, los primeros cristianos se han denominado sencillamente como “los vivientes” (hoi zontes, en griego). Ellos habían encontrado lo que todos buscan: la vida misma, la vida plena y, por tanto, indestructible.

Mas ¿cómo se puede llegar a eso? La oración sacerdotal de Jesús (Juan 17) da una respuesta quizás sorprendente, pero que ya estaba preparada en el contexto del pensamiento bíblico: el hombre encuentra la “vida eterna” a través del “conocimiento”. No obstante, ha de tenerse en cuenta que el concepto veterotestamentario de “conocer” presupone un conocimiento que crea comunión, es hacerse una sola cosa con lo conocido. Por eso, la clave de la vida no es un conocimiento cualquiera, sino el hecho de **“que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo”** (Juan 17,3). Esta es una especie de fórmula sintética de la fe en la que aparece el contenido esencial de la decisión de ser cristianos: el conocimiento que se nos ha dado por la fe. El cristiano no cree en una multiplicidad de cosas. En el fondo cree simplemente en Dios, cree que hay realmente un único Dios.

Pero este Dios se le hace accesible en quien ha enviado, Jesucristo: **en el encuentro con Él se produce ese conocimiento de Dios que se hace comunión y, con ello, llega a ser “vida”**. En la doble fórmula – “Dios y su enviado” – se puede percibir el eco de lo que aparece muchas veces en el Libro del Éxodo, especialmente en los oráculos del Señor: han de creer en “mí” – en Dios – y en Moisés, su enviado. Dios muestra su rostro en el enviado, y definitivamente en su Hijo.

La “vida eterna” es, por tanto, un acontecimiento relacional. El hombre no la ha adquirido por sí mismo, ni sólo para sí. Mediante la relación con quien es Él mismo la vida, también el hombre llega a ser un viviente [...]

El hombre ha encontrado la vida cuando se sustenta en Jesucristo, que es la vida misma. Entonces, muchas cosas en el hombre pueden ser abandonadas. La muerte puede sacarlo de la biosfera, pero la vida que la trasciende, la vida verdadera, ésa perdura. El hombre tiene que insertarse en esa vida que Juan, distinguiéndola del “bios”, llama “zoe”. **Lo que da esa vida que ninguna muerte puede quitar es la relación con Dios en Jesucristo.**

Es obvio que con este “vivir en relación” se entiende un modo de existencia bien concreta; se entiende que fe y conocimiento no son un saber cualquiera que tiene el hombre entre otros saberes más, sino que constituyen la forma de su existencia. Aunque en este punto no se habla del amor, es evidente sin embargo que el “conocimiento” de Aquel que es el amor mismo se convierte en amor en toda la magnitud de su don y su exigencia. >>

Sí, la vida eterna se adquiere ya, aquí en la Tierra, a través de mantener una estrecha relación de amor con quien es la vida misma, Jesucristo Nuestro Señor: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí”. (Juan 14,6). Es esta una vida que se puede reconocer ahora a través de los *Frutos del Espíritu Santo*, o sea, “*las perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna*” (CIC 1832), a saber:

1. **La caridad**, o amor ferviente, que es el mismo Amor de Dios actuando en nuestro interior, que nos hace amar a Dios y al prójimo a la manera divina
2. **El gozo**, que nace de la posesión de Dios y es el reposo y el contento que se encuentra en el goce del bien poseído
3. **La paz**, que mantiene al alma en la posesión de la alegría contra todo lo que le es opuesto, excluyendo toda clase de turbación y de temor
4. **La paciencia**, que modera la tristeza
5. **La mansedumbre**, que modera la cólera
6. **La bondad**, que es la inclinación que lleva a ocuparse de los demás y a que participen de lo que uno tiene
7. **La benignidad**, que consiste en tratar a los demás con gusto, cordialmente, con alegría
8. **La longanimidad**, o perseverancia, que nos ayuda a mantenernos fieles al Señor a largo plazo
9. **La certeza de la fe**, que es la facilidad para aceptar todo lo que hay que creer, firmeza para afianzarnos en ello, seguridad de la verdad que creemos sin sentir repugnancias, dudas, oscuridades o terquedades
10. **La modestia**, que regula los movimientos del cuerpo, los gestos y las palabras
11. **La templanza**, que refrena la desordenada afición de comer y de beber
12. **La castidad**, que regula o cercena el uso de los placeres de la carne

Nosotros los cristianos, los Vivientes, tenemos esta maravillosa vida de Dios en nuestro interior. Somos **Cristóforos**, esto es, portadores de Cristo, y tenemos que entregar a Cristo a quienes hayan sentido la llamada de iniciarse en este tipo de vida.

Ser cristiano no es saber mucha historia sagrada, ni saber qué hay que hacer para alcanzar el Cielo. Ser cristiano es estar ungido por el Espíritu Santo, como Cristo mismo, y llevar a Dios morando en nuestra alma: *"El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará; y vendremos a él y haremos morada en él"* (Juan 14,23). Ser cristiano es vivir adherido totalmente a una persona viva, con una naturaleza humana resucitada gloriosa: Jesucristo, Hijo de Dios y Señor Nuestro, Señor del Universo, de la historia y de nuestros corazones.

2. LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN CRISTIANA

Por ello, la catequesis de iniciación tiene por objeto llevar al hombre a la comunión con Cristo, para que así tenga vida eterna; pero sólo se puede cumplir este objetivo en el marco de una red de relaciones humanas en las que se realiza y se desarrolla el encuentro con Cristo: la comunión cristiana.

Para que nosotros, los catequistas, podamos ayudar a que un ser humano entable y desarrolle esta relación íntima de amor con Cristo, ¿qué podemos hacer? Bien, fijémonos en cómo lo hizo Cristo mismo en su experiencia física terrenal: Jesús no imparte clases de doctrina cristiana con un horario. Él ofrece su propia vida y exige participar de ella, como camino hacia Dios:

<< Al día siguiente, estaba Juan otra vez allí con dos de sus discípulos y, mirando a Jesús que pasaba, dijo: "Este es el Cordero de Dios". Los dos discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Él se dio la vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué queréis?" Ellos le respondieron: "Rabbi —que traducido significa Maestro— ¿dónde vives?". "Venid y lo veréis", les dijo. Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él ese día. Eran alrededor de las cuatro de la tarde >> (Juan 1,35-39).

3. MATERIALES ENTREGADOS

En los estupendos materiales que hoy se nos entregan, podemos ampliar a fondo la reflexión sobre el significado y valor de la comunión cristiana en el proceso de iniciación:

Del primero de ellos, el texto que se nos entregó en el *"Encuentro de Catequistas de 20 de junio de 2010"*, recordamos que *<< Jesús se ha hecho hombre, ha llamado a Simón y a Andrés, a Santiago y Juan... les ha admitido en su compañía, les ha hecho partícipes de su propio camino humano hacia Dios, hacia la resurrección, y en ese camino no les enseña una teoría sobre Dios, sino que les permite entrar en la intimidad que él tiene con Dios. Este método de Cristo es el único método que hay para*

hacer cristianos, el único método en el que se ha de fijar un sacerdote y un catequista. Es un método muy exigente, pero es el único.

Siempre se ha comparado el catecumenado con el seno de una madre. El seno materno de la Iglesia que cuida a sus hijos. Nosotros somos el catecumenado, pero ¿somos como una madre?

Para responder a esta pregunta hemos de preguntarnos si nosotros mismos estamos embarcados realmente en este camino de seguimiento de Cristo, en el camino de la santidad, en el camino de la búsqueda de Dios.

Y, también, hemos de preguntarnos si hemos usado con las personas que Dios ha puesto en nuestras manos ese método que sigue radicalmente Jesús ¿Hemos trazado un mapa y se lo hemos dado a los catecúmenos?, ¿o les hemos dicho: no te preocupes, yo te llevo, ven detrás de mí, acompáñame?

Por lo general, queremos llevar al Cielo a los hombres dedicando un rato a preparar la catequesis y otro rato a darles una clase; no queremos entregarnos más que un poquito, y nos quitamos la responsabilidad de ser los que han de ir por delante.

Pero debemos disponernos no sólo a dar una o dos horas de catequesis, sino a admitir en nuestra compañía, en nuestra amistad, como Cristo nos admite a nosotros, a los catecúmenos que nos son encomendados.

Eso significa, desde luego, más que un rato de catequesis. Significa que, cuando llega el momento, habrá que acompañar al catecúmeno a la Misa de su parroquia. Y, si allí no hay el ambiente adecuado o no le hacen caso, habrá que llevárselo con uno a donde uno participe habitualmente de la Eucaristía dominical para integrarlo allí. Eso significa que habrá que estar pendiente de su vida, de sus debilidades, de sus tentaciones, de sus sufrimientos, incluso de si le falta lo necesario para vivir. Y habrá que ofrecerse no sólo como pulcros profesores, sino como verdaderos maestros, que van por delante, que conocen, que aman a sus catecúmenos, que rezan por ellos, que se sacrifican por ellos y que los llevan cargados sobre ellos, si es necesario. >>

Del segundo material que hoy se nos entrega, el texto titulado “Padre San Felipe Neri”, hemos de destacar, para una iluminación provechosa del significado de una verdadera vida de comunión cristiana, que el método educativo de San Felipe consistía, básicamente, en los cuatro elementos siguientes:

- a) Primero, en hacer partícipes a muchos de su propia existencia, de su propio camino hacia Dios, a través de su **paternidad** espiritual. Todos los que somos padres sabemos lo que eso significa. Significa posicionarse respecto del catecúmeno como alguien que verdaderamente hace suyos sus problemas, que protege, que vela, que está pendiente en todo momento de la vida de sus hijos. Significa acogerlos, reunirlos y abrazarlos como en una misma familia. San Felipe se quedó sin vida privada en el ejercicio de esa paternidad

- b) Segundo, la paternidad espiritual genera una relación de **fraternidad**. Paternidad y fraternidad son las dos caras de la comunión y de la caridad
- c) Tercero, la verdadera caridad, paterna y fraterna, dada y ofrecida de antemano, anterior a cualquier respuesta personal, hace posible un espacio de relaciones humanas donde lo esencial está dado sin condiciones previas; es un espacio de **libertad**. La libertad es condición esencial para la comunión. Sin libertad, el hijo o el hermano dejan de ser el término del amor y se convierten en mera extensión del yo
- d) Cuarto, aún en la condición de peregrinos, con todos los sufrimientos y tribulaciones propios de esta vida, la caridad, la comunión, la libertad de espíritu en el camino de la fe, tiene como efecto una profunda y visible **alegría**. Ingresar en esta comunión es ingresar no sólo en un ámbito de afecto humano, sino en el camino de la fe

El Oratorio de San Felipe Neri es el vehículo a través del cual se expresaron estos cuatro elementos recién apuntados pero, ¿en qué se fundamentaba la vida de San Felipe, de la que hizo partícipes a sus hijos espirituales?, ¿cuál era la clave de su itinerario espiritual? La respuesta es clara: la vida de fe de San Felipe se había formado y consistía en un **habitual y familiar coloquio con Dios**.

Por otro lado, el ambiente familiar y de plena libertad del Oratorio no significa que este fuese un lugar de relativismo moral. Al contrario, significa:

- a) Un ámbito de relaciones humanas donde uno es acogido y amado con anterioridad a cualquier mérito, expresando un amor que uno no necesita conquistar con cada acción. Es un ámbito donde las obras no nacen para conseguir la estima o el reconocimiento, donde no es necesario disimular lo que se es ni aparentar lo que no se es. El primer fundamento de esta libertad es, pues, el amor, la **caridad**
- b) La atención y la veneración de la **verdad** que Dios ha revelado. De hecho, la paternidad de San Felipe incluía una firmeza absoluta, que alguno podría tachar de intransigencia, en lo referente al contenido de verdad de la fe
- c) Un lugar de **crecimiento personal en el ejercicio de la propia libertad**. El Oratorio de San Felipe no estaba regido por un gran número de normas que lo llevasen de la mano de la mañana a la noche. Al contrario, el Oratorio era, y es, un lugar donde uno ha de elegir y ejercitarse en la libertad

Del tercer material, titulado *“La tarea de iniciar en la vida común”*, cabe resaltar que tradicionalmente se ha considerado a la integración del catecúmeno en la vida común de la Iglesia una tarea más, como las de “propiciar el conocimiento de la fe”, “educar en la liturgia”, “formar en la moral cristiana” y “enseñar a orar” (en correspondencia con las cuatro partes del Catecismo).

Sin embargo, se plantea en este tercer material si no será la vida común en la Iglesia el medio a través del cual se realizan las otras tareas, más bien que el ser propiamente una tarea más de la catequesis.

<< Esto significa que, al hombre que se pregunta por Dios, la Iglesia deberá ofrecer su propia realidad humana como el lugar donde se puede realizar el encuentro con Cristo. Y dicho hombre tendrá que pedir ser introducido en su seno, para allí conocer a Cristo.

Este acoger de la Iglesia en su seno es algo sencillo; es hacer partícipe al hombre de su propia vida, del entramado de sus relaciones: de la relación con Dios Uno y Trino y de la relación mutua de los cristianos, fieles y pastores. Cuando la Iglesia acoge a un hombre que busca a Dios, debe acogerlo en esta red de relaciones familiares, fraternas y de verdadera y efectiva amistad y compañía. Sólo en éste ámbito se realiza el camino hacia Cristo, que se consume en la Eucaristía, y sólo en éste ámbito se desarrollará después el camino con Cristo hasta la Gloria. Cuando una comunidad cristiana es tal, sólo tiene que ofrecerse a sí misma, sin necesidad de programar cosas extrañas, para que en ella se lleve a cabo la iniciación cristiana.

El “sentido” del amor cristiano, y la conciencia misionera que engendra, supone también la capacidad de dar una respuesta satisfactoria al que se acerca a una comunidad y nos dice que quiere ser cristiano. Paradójicamente, ante una petición así, muchas veces nos vemos sin respuesta o salimos del “apuro” con respuestas insuficientes: “vente por aquí otro día a ver si te busco un libro”, “compra el Catecismo”, “cuando empiece el curso tendremos unas catequesis para adultos”... Estas respuestas son del todo decepcionantes para quien busca a Dios. Cualquiera que busque a Dios se sentirá defraudado si le ofrecen un libro o un cursillo. Un hombre que busque a Dios ya intuye la insuficiencia de todas las cosas y, de forma espontánea, tiende a rechazar una reducción tan absurda. Este tipo de respuesta indica que una comunidad cristiana ha perdido la conciencia de Aquel que la habita y de su valor, la conciencia de que ella es el lugar de su presencia. Una comunidad así ha perdido la conciencia de que sólo Cristo es acceso verdadero a Dios y de que sólo entrando en la comunión de la Iglesia se puede descubrir, conocer y seguir a Cristo.

El cristiano, que ama a Dios, que vive en relación de amor con Él, sabe perfectamente, aunque no tenga una gran formación, que sólo hay una respuesta satisfactoria para la búsqueda de Dios: Dios mismo, el que se ofreció al hombre en su Hijo hecho hombre y que habita la Iglesia. Por eso, la Iglesia hace cristianos con el mismo método con el cual el Señor dio inicio a la comunidad apostólica, llamando a su

seguimiento y a su compañía, ofreciendo su vida y su persona como lugar del encuentro con Dios. Una comunidad cristiana no puede hacer cristianos sino ofreciendo su propia vida. Esta oferta es un ejercicio de caridad que se concreta en la oferta de una amistad, de una fraternidad y de una verdadera maternidad. >>

4. CONCLUSIONES

Como resumen de esta charla, digamos que el encuentro del iniciado con Cristo se realiza a través del encuentro con los cristianos de carne que están presentándole a Cristo, que viven unidos a Él y entre sí por el vínculo del Amor de Dios, del Espíritu Santo.

Por tanto, el rostro que el iniciado apreciará de Cristo será el de esos cristianos que interactúan con él. Si ellos son misericordiosos, el iniciado entenderá que Cristo lo es. Si ellos son alegres, el iniciado comprenderá que Cristo también lo es. Si ellos son felices, aún en medio de las tribulaciones de la vida en la Tierra, el iniciado llegará a sentirse atraído por la vida cristiana, por el mismo Cristo que habla a través de ellos.

Si ellos, la comunidad cristiana, se hacen cargo de la vida del iniciado, de sus problemas espirituales y aun materiales, el iniciado confiará en Cristo; acabará por confiarle su propia vida entera y sabrá que en ningún sitio andará en mejor compañía que descansando en las manos amorosas de su Padre Dios: El Hijo y el Espíritu.

En esa vida de comunión cristiana que abraza cálidamente al iniciado, se expresa y se realiza la fecundidad y la maternidad de la Iglesia de dos formas concretas:

- a) Por una parte, en el ejercicio de la **hospitalidad cristiana**, o sea, la compañía fraterna de aquellos que acogen a los que son iniciados en la vida cristiana. Todos nosotros hemos vivido esa experiencia: el llegar a la Iglesia, muchos con el corazón roto por los naufragios de la vida, y ser acogidos, abrazados, integrados con amor en la vida de la Iglesia. Ahí hemos podido ver a quienes han llorado con nosotros, cuando tocaba llorar, y han reído con nosotros, cuando tocaba reír. En definitiva, han compartido nuestra vida integrándola en su vida, han hecho de nuestros problemas sus problemas, y de nuestras alegrías las suyas.

Todos hemos experimentado esa calidez, ese abrazo; lo hemos vivido. Ahora se trata de que también nosotros, los catequistas, abracemos con el mismo amor a quienes se inician en la vida cristiana

- b) Por otra parte, la vida de comunión cristiana también comporta la dimensión de la **autoridad cristiana**, en la oferta que de nuestra propia vida debemos hacer los catequistas, de forma diversa, a quienes se inician en la vida cristiana, abriéndoles el camino a Cristo.

Nosotros debemos ir delante de ellos enseñándoles el camino, pero también caminando con ellos. Como lo hacía Moisés, que iba delante de su pueblo cargando sobre sí sus pecados, sus quejas, sus infidelidades a Dios; haciendo de intermediario entre Dios y su pueblo; pidiendo por ellos, intercediendo por ellos ante Dios; presentándole sus problemas más inmediatos y acuciantes, ya espirituales ya materiales.

Por último, sólo recordar las palabras de nuestro querido Obispo, D. Joaquín, en el encuentro diocesano de catequistas del año 2010, cuando dijo: ***“el culmen del amor al prójimo es la transmisión de la fe”***.

Tenía toda la razón D. Joaquín porque de todo lo que podemos hacer por nuestro prójimo, de todo lo que podemos trabajar en beneficio de su cuerpo o de su espíritu, ¿qué hay más grande, de más valor, que el que podamos ser instrumentos de Dios para que obtenga la vida eterna, la vida verdadera, la vida de humano resucitado glorioso de Cristo, Nuestro Hermano y Señor?

Por eso, ser catequista es uno de los ministerios más excelsos a que el Señor puede llamar a un cristiano. Nosotros tenemos este privilegio, y también esta maravillosa responsabilidad ante Dios, que un día nos preguntará: *“¿Hiciste todo lo posible por trabajar para la vida eterna de quienes yo mismo te puse delante?, ¿te diste?, ¿gastaste tu vida por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas?”*

Responderemos gozosamente ante el Señor: *“Sí, mi Dios; hice cuanto pude y tú me ordenaste, con la ayuda de tu gracia”*. Él entonces replicará: *“Siervo bueno y fiel: entra en el gozo de tu Señor”*.

Allí viviremos todos juntos, en comunidad de Amor en torno a Cristo, con sus santos y sus ángeles, una vida plena y feliz en un Cielo nuevo y una Tierra nueva, por eternidad de eternidades.

* * * * *

Un día, hace unos años, meditaba yo sobre el tesoro que es tener la vida de Dios viviendo en nosotros, tener el Cielo en el alma, ya que el Cielo está donde esté Dios. Al hacerlo, mis manos escribieron el poema siguiente, titulado *“La Isla del Tesoro”*:

LA ISLA DEL TESORO

*Oí de un tesoro de inmenso valor;
algunos lo creen, hay muchos que no.
Sólo por el mapa hube de empeñar
familia y hacienda, y me hice a la mar.*

Loco me llamaron al partir tras él,

mas siente mi alma que el cuerdo soy yo.

*Olas de tormento hube de sufrir,
batallas dolientes en las que perdí
padres, hijos, hermanos, amigos,
muchos cuantos en mi vida fueron,
que cayeron ante mí.*

*Pero yo seguí adelante
sin volver la vista atrás,
loco obsesivo,
en busca de la tan ansiada felicidad.*

*También hubo ternura, calor y amistad;
ayudé siempre a quien pude,
pobre o rico, chico o grande;
y hasta algún enemigo mío
hoy no podrá decir que dejé de amarle.*

*Al final, mis desvelos obtuvieron recompensa,
porque acabé por encontrar mi tesoro
y era mucho más precioso de lo que nunca
antes podría haber llegado a imaginar.*

*Sé de tu curiosidad y te desvelaré el misterio:
la isla donde lo hallé era dentro de mí mismo;
el mapa era la fe,
el amor era el camino
y el tesoro era el Cielo,
desde donde hoy te escribo.*

* * * * *

Oración: *Madre Excelsa del Cielo, Santísima siempre Virgen María: Guía a estos hijos tuyos catequistas, con el celo y el amor que siempre derramas a manos llenas sobre la Iglesia, para que, ungidos por el Espíritu, podamos guiar a otros a Cristo; para que no seamos guías ciegos que guíen a otros ciegos sino para que, abrasados de amor por tu Hijo, vivamos en su luz y seamos así mismo luz para los demás y sal del mundo. Que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad; que todos alcancemos la vida eterna, Madre Santa. Amén.*